



CABO DE TIERRA PERDIDA

El Halcón de la Noche y La Bienaventurada se mecían sobre las taimadas aguas del Cabo de Tierra Partida, circunscribiendo la frontera con Vora-Mar. Algo más al oeste, El Tridente de Ontur permanecía atento a las evoluciones de las otras dos naves, con toda la tripulación apostada en el puente y dispuesta para maniobrar en caso de que su intervención fuera necesaria. Pero obviamente, la simple visión de las dos carracas de guerra gadgarianas bastaban para bajar los ánimos de los esclavistas que se agolpaban en el destartalado junco junoro, cuyas tres velas de estera, dotadas con la inusual forma de la aleta de un enorme cetáceo, se mecían perezosamente hacia barlovento. La sensación de peligro siempre era acuciante cuando el pendón verde-amarillo de Huma Norte, acompañado por la efigie del kraken, símbolo de la Casa del Canciller Krenshel, se alzaba sobre las cabezas de los despistados navegantes; y si era el mayor de El Halcón de la Noche el que izaba la enseña, el respeto debía de ser aún más acuciante.

Las naos de la Casa de Krenshel, tras siglos de confrontaciones con los corsarios de Huma Sur, habían alcanzado la supremacía sobre la marca que delimitaba las aguas que comprendían desde la Bahía de los Náufragos, donde los catamaranes del Motmonn Geshur proclamaban su potestad, hasta la Cala de Valadâr, donde el comercio entre el gran archipiélago de las Islas Negras y el país de Ashkron imposibilitaban la hegemonía de cualquier nación. Aun así eran muchas las millas de predominio naval las que poseía el Canciller Krenshel, sesgando a su vez las principales líneas comerciales que atravesaban el Océano Virgen. Cualquier navegante que osara adentrarse en aquellos territorios debía encomendarse a la suerte para que la providencia lo mantuviera alejado de los peligrosos navíos de guerra gadgarianos.

Shen Guy Penn, capitán de La Perla de Shiva, contemplaba temeroso al ejército de alabarderos, que apostados por toda la popa de La Bienaventurada, apuntaban con sus armas directamente a sus hombres. Los soldados de la Casa de Krenshel eran viejos lobos de mar cuya vinculación al Virgen databa de épocas inmemoriales. Investidos con sus ampulosos sombreros emplumados, hacían gala de uniformes refinados compuestos por amplias casacas verdemar, holgados chalecos azules (donde el bordado del kraken predominaba sobre el resto de los encajes y adornos), ostentosos fajines, amplias bandoleras, y calzones elaborados con los más valiosos tejidos. La tradición mandaba que los alabarderos de Huma Norte fueran hombres escrupulosamente vestidos, pues tal como se ordenaba desde el Alcázar del Canciller, un hombre hundido en la mar siempre debía vestir las mejores galas.

Aun así, aquellos que caían en las garras de los alabarderos tenían bien presente que pese a sus pomposos uniformes, aquellos soldados eran despiadados piratas que no dudaban en saquear las bodegas de los barcos requisados en busca de la más mínima riqueza que pudiera financiar las costosas campañas militares que frecuentemente enfrentaban a la Casa de Krenshel con su homónima del sur: la Casa de Esción. Un vetusto barco de esclavistas, con las bodegas atestadas de abigarrados nativos expatriados de las selvas vírgenes de Zánjila, era un bocado demasiado succulento para El Halcón de la Noche. Por tal causa, Shen Guy Penn, hombre de mar habituado a confrontar los continuos avatares que frecuentaban las aguas del Virgen, comprendió que su suerte estaba echada cuando la insignia del kraken cayó sobre su modesto junco.

La Bienaventurada había abordado su marcha desde el Sur; El Halcón de la Noche, en cambio, había emergido desde el Norte como un inesperado cuervo carroñero, truncando un posible giro hacia barlovento. Al Oeste, El Tridente de Ontur aguardaba pacientemente con todas las velas desplegadas, ansioso porque la pequeña Perla de Shiva realizara una maniobra demasiado sospechosa para lanzarse al abordaje y desplegar a todos sus hombres sobre la destartada cubierta. Ante semejante acoso, Shen Guy se sabía perdido, y lo único que deseaba era no deponer el barco ante el acoso de tan temibles contrincantes. Fue El Halcón de la Noche, nave insignia de la armada gadgariana, la que se ocupó del abordaje. En menos que canta un gallo, los ganchos y las jarcias cayeron sobre la baranda de estribor, y más de un centenar de alabarderos abordaron el junco. A babor, la segunda carraca con la insignia del kraken permanecía en paralelo, dispuesta a asaltar el barco enemigo al más mínimo indicio de peligro.

La tripulación del capitán Shen fue arrastrada hasta la cubierta, congregándose junto al codaste de popa, y allí aguardaron la llegada del patrón de El Halcón de la Noche. En ese tiempo Shen tuvo que ver como los almacenes de su nave eran

desvalijados, y la carga (compuesta mayormente por fornidos nativos a los que se les había capturado tras peligrosas expediciones por los inhóspitos territorios de la Selva Virgen) pasaba a formar parte de las bodegas de la nave insignia gadgariana. La peor parte llegó cuando su segundo, desavinando las órdenes impartidas por Shen, realizó un conato de rebelión, y los alabarderos no dudaron en empuñar sus picas contra los sublevados. Antes de que Shen pudiera sofocar la revuelta, diez de sus más fieles hombres acabaron ensartados, y sus cuerpos cayeron al Virgen, manchando de rojo las aguas fronterizas y atrayendo a enjambres de tiburones que rápidamente dieron buena cuenta de los que aún vivían.

Shen apretó los dientes contrariado cuando los gritos de sus hombres, sofocados por las burlas de los de Huma, llenaron la cubierta de La Perla de Shiva. Sin embargo el más escrupuloso silencio se hizo a su alrededor cuando una figura alta y espigada salvó la rampa que separaba a los dos navíos, e hizo acto de presencia en el junco. Grehogor Pool, comodoro de los ejércitos del Canciller Krenshel, era un individuo flacucho, de cabellera morena y grasienta, de amplio mostacho acabado en punta, y patillas despeinadas. Tenía un ojo estrábico, aun así poseía la mirada de un lince. Quizás no fuera un hombre especialmente corpulento, pero su manejo del sable le había supuesto el sobrenombre del *Carnicero de Rimbau*, localidad de la que procedía.

Se decía que el comodoro Pool era la mano derecha del propio Canciller Krenshel en alta mar, por lo tanto, era considerado como amo y señor de aquella parte del océano. La mera mención de su nombre bastaba para infundir el miedo en los patronos de los barcos mercantes. Tan sólo pisaba tierra cuando era requerido por el propio Canciller, permaneciendo el resto del año en alta mar, rodeado por su ejército de alabarderos que crecía a golpe de barcaza capturada o esclavo sometido. Nadie sabía cuál era su pasado, salvo que había nacido en Rimbau. Algunos aseguraban que había sido un pirata cuyo barco había sido requisado por el propio Canciller, otros replicaban que antaño fue un poderoso guerrero, que hastiado de hacer la guerra en las estepas de Gadgan, había ampliado horizontes hacia el mar. En un caso o en otro, lo cierto era que Grehogor Pool había logrado crearse una temible reputación en alta mar, llegando incluso su nombre a ser pronunciado con temor en los salones de Kurz, Gorgblenda y SÁNGRIA, principales villas de la Isla de las Focas, sede del trono de los motmonnes. Aquella tarde, mientras las aguas del Virgen se teñían de rojo, y los tiburones se disputaban los restos de los sublevados, el Carnicero de Rimbau hizo acto de presencia en la cubierta de su presa, y repasó las adquisiciones con una lasciva sonrisa en sus labios.

Los nativos de Zánjila eran buenos trabajadores y mejores esclavos. Lo cierto era que ninguno de ellos podría incluirse entre la tripulación de sus barcos, pues

eran demasiado orgullosos para prestar sus poderosos brazos a cambio de nada, pero el Canciller Meriador Krenshel sabría darles alguna utilidad en el frente. Probablemente la mayoría de ellos acabarían siendo carne de cañón en las Estepas del Cauce Grande, o quizás encabezarían algún pelotón de carga contra Puente Alto o la ciudad de Érador; fuera como fuese, la Casa de Krenshel recompensaría aquel nuevo cargamento de esclavos y las arcas del comodoro Pool se llenarían un poco más con el oro de Huma Norte.

Dredd Sullivan, segundo de a bordo de El Halcón de la Noche, acudió presto junto a su capitán en cuanto éste hizo acto de presencia en la cubierta de La Perla de Shiva.

—¿Cuántos?

—Cincuenta y ocho esclavos en total —respondió el segundo, un hombrecillo fortachón, de movimientos nerviosos y de prominente calva en la cabeza.

El comodoro, sin dejar de avanzar hacia la tripulación del barco rendido, afirmó con un cabeceo.

—¿Nada más de valor?

Sullivan negó con la cabeza.

—Tan sólo llevaban algo de comida para dos o tres cuentas de viaje.

—Que dispongan los víveres para La Bienaventurada. Nosotros mismos nos encargaremos de llevar a los esclavos ante el Canciller.

El segundo afirmó con un cabeceo, y corrió de regreso a El Halcón de la Noche, dispuesto a cumplir las órdenes de su capitán. Entretanto, Grehogor Pool se mantuvo firme ante los indefensos tripulantes de La Perla de Shiva, inspeccionándolos con atención. La mayoría eran desharrapados junoros de Fístoles, o de la frontera occidental de Ashkron. También había sangre mestiza y algún que otro guyamma. Su capitán era un individuo de piel amarilla y de rasgos afinados. Una larga coleta trenzada caía por su espalda y sus ojos oblicuos se mostraban irreverentes y desafiantes, algo que solía suceder con la mayoría de los piratas. El comodoro Pool frunció el ceño ante el molesto olor a pescado podrido que desprendía aquella nave y todos sus ocupantes.

—No nos podéis requisar el abastecimiento y dejarnos en alta mar —aseguró el capitán Shen reuniendo todo el valor del que disponía y haciendo frente a los siniestros ojillos del comodoro que se distinguían claramente bajo unas espesas cejas.

—Cierto —murmuró el gadgariano. De pronto su enguantada mano se posó sobre la baranda de popa, e inclinándose sobre el casco, vislumbró las rojas aguas del océano. Los tiburones se retorcían entre las olas, extasiados por el olor a sangre y por la carroña que flotaba en la superficie. Una sonrisa se dibujó bajo los bigotes del comodoro—. Ahí abajo hay unos cuantos peces que pescar. Seguro que con uno de

esos bastaría para alimentar a toda vuestra tripulación durante unas cuantas noches. ¿Por qué no bajáis y agarráis uno ahora mismo?

Los alabarderos estallaron en carcajadas al escuchar las palabras de su Señor, en cambio el rostro de Shen ardió presa de la indignación.

—Las leyes de alta mar impiden dejar a merced de las aguas a la tripulación de un barco depuesto —inquirió el junoro a la desesperada.

Una vez más Grehogor Pool afirmó con la cabeza, se volvió hacia el grueso de la tripulación de La Perla de Shiva y habló con severidad.

—Señores, el capitán de su decrepito barco en estos momentos es incapaz de asegurarles un feliz retorno a casa. Estamos a más de quinientas leguas marinas de cualquier puerto. Posiblemente en los días venideros morirán de inanición, por falta de agua, o quizás acaben comiéndose unos a otros —mientras hablaba, el comodoro caminaba alrededor de los presos, ostentando su regio porte militar. La mayoría de los esclavistas lo observaban con la cabeza gacha, temerosos de cual pudiera ser su destino—. Yo, amigos míos, os ofrezco una salida más ventajosa. Únanse a mi armada, no como esclavos ni remeros, sino como trabajadores de pleno derecho. Quizás algunos sean destinados a los Astilleros de Huma, o al Puerto de Ontur, pero desde luego les aguarda un fin más digno que el que puedan encontrar en este barco. Si aceptan mi propuesta, serán relevados de sus cargos y dispersos entre las tripulaciones de la armada de la Casa del Canciller Krenshel. Los que no acepten... —Grehogor volvió a mirar por la borda y esbozó una sonrisa ante el macabro espectáculo que llegaba a atisbarse—. . . ya saben lo que les aguarda.

Hubo unos momentos de tenso silencio. Shen, horrorizado, se volvió hacia sus hombres, y la indecisión que encontró en sus ojos le hizo suponer que sus días como capitán de La Perla de Shiva estaban contados. Lentamente la tripulación depuso su actitud hostil, y aceptaron el ofrecimiento planteado por el de Gadgan. Al ver la docilidad en los prisioneros junoros, los alabarderos bajaron sus picas y condujeron a los esclavistas hasta las celdas de El Halcón de la Noche, donde serían recluidos hasta que sus superiores decidieran los nuevos destinos encomendados para todos ellos. Una vez despojado al Capitán Shen de su tripulación, Grehogor Pool se alzó sobre el ya no tan orgulloso junoro exhibiendo una sonrisa inquietante.

—Bien, ahora que hemos llegado a un acuerdo respecto a su tripulación, hablemos de su barco.

—¿M-mi barco? —balbuceó el esclavista atemorizado.

—Esta extraña nao no me ofrece ningún tipo de confianza, sin embargo me sería de gran utilidad después de hacerla pasar por los astilleros de Huma y remodelar algunos detalles. Le ofrezco un trato, capitán —Shen, pálido como un muerto, fue incapaz de responder. De pronto tenía el estómago revuelto y sus piernas eran

presa de fuertes calambres—. Yo me quedo con su barco y a cambio le aproximo un poco más a esos apetitoso pececillos de los que hablamos antes. De esa manera podría ir ya saciando el hambre, pues le auguro una larga travesía a nado hasta la costa de Argos.

Shen Guy Penn desvió la mirada hacia la popa y gimió horrorizado ante la imagen de los tiburones. Los gadgarianos estallaron en carcajadas, y antes de que la presa pudiera reaccionar, cuatro alabarderos fornidos lo amarraron por las piernas y los brazos, alzándolo en vilo, y arrastrándolo por la cubierta. Las súplicas encarnizadas del capitán Shen se escucharon en todo el junco, pero no encontró clemencia en el espigado individuo que ahora ostentaba la capitanía de su barco. Grehogor Pool sonreía junto a sus hombres, llevándose las manos al cinto y observando el aciago destino que aguardaba al prisionero varios metros más abajo.

Los alabarderos levantaron al junoro por encima de la borda, y tras mecerlo hasta tres veces, lo lanzaron a las aguas del Virgen. Shen gritó horrorizado, pero sus aullidos fueron acallados cuando las encrespadas olas del océano anegaron sus pulmones. Lo siguiente que llegó a vislumbrar fue una turba de cuerpos alargados y sinuosos que danzaban a su alrededor como auténticos demonios. Los últimos sonidos que surgieron de su garganta fueron alaridos de dolor cuando los aserrados dientes de los tiburones comenzaron a arrancarle la carne de los huesos y a desgarrar lentamente su cuerpo.

El Carnicero de Rimbau permaneció un tiempo en la popa de La Perla de Shiva, deleitándose con las vistas que alcanzaban a divisarse desde aquella posición ventajosa. A su alrededor los alabarderos gritaban extasiados mientras los tiburones deleitaban sus paladares con las carnes del que había sido amo y señor de aquel extraño navío.

—Carrott —llamó de repente el comodoro Pool.

Uno de los soldados, que por las galas de su casaca debía ostentar un alto cargo, acudió presuroso al reclamo de su superior.

—¿Señor?

—Reune a diez hombres de confianza, carga unos cuantos víveres, y ocúpate que esta escoria llegue al embarcadero de Ontur. Que Julius haga con ella lo que desee, pero que te pague un buen precio.

Carrott afirmó con un cabeceo y después comenzó a distribuir a la tropa tal como le había indicado su patrón; mientras tanto, el comodoro Grehogor, cumplidas sus funciones en La Perla de Shiva, atravesó la rampa que daba acceso a El Halcón de la Noche. Una intensa sensación de bienestar se apoderó de él en cuanto puso un pie en su barco. Allí, al contrario que sucedía en el junco junoro, todo era pulcritud y limpieza. Los hombres ocupaban sus puestos ordenadamente, y tras largos años de

servicio, lo hacían con plena eficiencia. Sus órdenes se habían cumplido a rajatabla y con rapidez. Los nativos de Zánjila ya se encontraban encerrados en los almacenes estancos de la nave, los esclavistas en las celdas, a la espera de que los gadgarianos tomaran una decisión respecto a su futuro, el abastecimiento hacía ya un buen rato que se había entregado a La Bienaventurada, que ahora navegaba lejos de La Perla de Shiva escoltando con su hermoso porte al magnífico Halcón de la Noche. Grehogor Pool no tuvo que aguardar mucho hasta que Carrott terminó de instruir a la nueva dotación para el junco, e iniciara la marcha hacia el Oeste. Para el comodoro era agradable contemplar la destreza y la seguridad con que sus hombres abordaban las tareas más arduas. Él mismo se había encargado de adiestrarlos lejos de los menesterosos y rigurosos oficios de Huma Norte. La armada de la Casa de Krenshel era la más diligente que jamás había surcado las aguas del Virgen.

Pronto las velas del junco se perdieron a babor y El Tridente de Ontur, salvadas las contingencias, desplegó todo el trapo, y aprovechando el viento del norte, dirigió su marcha hacia el Cabo de Tierra Partida. La Bienaventurada se mantuvo a la zaga de El Halcón de la Noche, a la espera de que su capitán diera nuevas órdenes.

Grehogor alzó la mirada hacia el cielo y lo encontró despejado de nubes. El verano estaba siendo crudo, el calor asfixiaba a los hombres, y los ánimos comenzaban a flojear. Habían pasado más de diez cuentas en alta mar sin pisar amarradero ni dársena; ya iba siendo hora de dar a sus hombres un pequeño respiro y poner rumbo hacia Gadgan. El cuaderno de bitácora de El Halcón de la Noche estaba rubricado con triunfos y gestas; era el momento propicio para que el Canciller Krenshel comenzara a pagar sus deudas con el oro de sus abultadas arcas y que sus tripulantes disfrutaran unas cuantas noches ahogando sus penas en cerveza y metiendo la polla en los coños de las rameras.

—¡Timón todo a babor! —exclamó de repente—. ¡Volvemos a casa!

Los hombres aplaudieron su decisión con gritos y vítores. Pronto el ánimo volvió a desbordar la cubierta de El Halcón de la Noche, que inevitablemente se contagió en su inseparable compañera La Bienaventurada.

Mientras las imponentes carracas de guerra gadgariana viraban lentamente, la mirada de Grehogor Pool recayó por última vez en las rojas aguas del océano. Los tiburones seguían alimentándose con los despojos de La Perla de Shiva, y el orgulloso capitán junoro se había convertido en un amasijo de carne desdibujada que era zarandeado y mordisqueado por los insaciables escualos. Desentendiéndose de aquellas vistas, el comodoro abordó su barco y se dirigió hacia la proa, rumbo a sus dependencias; pero aún no había franqueado la escotilla, cuando Dredd Sullivan le salió al paso. El hombrecillo se mostraba nervioso, como siempre; sin embargo sus ojillos desbordaban impaciencia.

—¿Qué sucede, señor Sullivan? —se le adelantó el comodoro.

—Acaba de llegar un kátaro mensajero desde el Alcázar del Canciller —indicó el segundo.

Pool torció el gesto. No había discernido la llegada de ningún kátaro en las últimas horas, pero lo cierto era que había estado demasiado entretenido con el abordaje del barco junoro para prestar atención a los cielos.

—¿Qué nuevas trae?

—Será mejor que las vea usted mismo. Creo que le causarán una grata impresión —concluyó el segundo esbozando una maquiavélica sonrisa.

El comodoro Pool, que no era muy dado a los misterios, respondió con un gruñido y descendió hasta su camarote, alejado de la chusma y los alabarderos. Cuando entró en sus aposentos vislumbró al kátaro sobre la mesa, distraendo su insaciable curiosidad con una jarra de cerveza. El animal era una mezcla de simio de cintura para arriba y jabalí por debajo del ombligo. Tan sólo poseía dos patas, pero eran velludas y bastas, como las de los puercos, y sus piernas desnudas acababan en duras pezuñas. Dos largas alas de murciélago emergían de su espalda, permitiéndole el vuelo. Los kátaros no llegaban a ser animales irracionales, pues en cierto grado poseían el don de la inteligencia. Su tamaño no superaba el del puño de una mano, lo cual los hacía valiosos como mensajeros. Tan extraña especie había sido descubierta en lo más profundo de la isla de Zánjila, desde entonces su raza era procreada en cautividad en los corrales de Huma Norte, convirtiéndose en imprescindibles peones para la armada del Canciller. A menudo solían viajar arropados únicamente con un zurrón en el que guardaban sus provisiones para las largas travesías en alta mar, y una anilla atada al cuello; de ella pendía un émbolo en el que solían confinarse los mensajes.

La pequeña criatura emitía un extraño trino mientras se aupaba sobre el borde de la jarra y observaba con curiosidad su interior. Hizo varios amagos de tocar el poso, pero en uno de ellos falló su destreza, y dio con sus huesos en el interior. Antes de que pudiera escapar, Pool abocó el recipiente, y convirtió la jarra en una celda de transparentes muros. El kátaro gritó indignado y golpeó las paredes con sus puñitos, pero nada pudo hacer para salir de su encierro, había quedado atrapado. Mientras tanto, el Carnicero de Rimbau no tardó mucho en desdeñar los infructuosos intentos de escapada del kátaro, y centrar su atención en un trozo de pergamino enroscado que aguardaba en uno de los rincones de la mesa. Haciendo gala de su habitual temple, se sentó en su poltrona, y con movimientos calculados desenrolló el pergamino. Sus pupilas castañas se movieron anodinas sobre las líneas que formaban el texto, sin embargo, cuando terminó de leer, sus ojos se abrían de par en par.

El mensaje rezaba así:

El lobo ha mordido el anzuelo. En breve hará escala en Santiyí, quizás en no más de de dos semanas. El gobernador dará su beneplácito para el desembarco de la flota en la isla previo pago de aranceles. Despliegue los hombres y los barcos que crea necesarios, pero ajústele la correa al lobo. En breve tendrá más noticias nuestras.

Firmado: Inteligencia de la Casa de Krenshel.

El comodoro se incorporó sobresaltado de su asiento, y presa de un incipiente temblor, abandonó su camarote, olvidando por completo la nota que había desatado su adrenalina y al kátaro medio asfixiado, que seguía retorciéndose en el interior de la jarra. Mientras subía las escaleras que llevaban a cubierta, una oleada de fuego arrasó su vientre y dio vigor a sus movimientos. Había aguardado aquellas noticias desde hacía siglos. ¡El lobo había mordido el anzuelo!! Una carcajada emanó de su garganta al recordar las frases del mensaje. Eran noticias extraordinarias.

Dredd Sullivan ya le aguardaba en la cubierta cuando el comodoro hizo acto de presencia. El imberbe rostro del segundo esbozaba una amplia sonrisa; una sonrisa que inevitablemente se contagiaba en los labios del Carnicero de Rimbau. Sin duda, aquel anodino día podía llegar a convertirse en una fecha memorable.

—Paciencia señor Sullivan, hay que actuar con cabeza. Oportunidades como éstas se presentan sólo una vez en la vida —indicó el capitán de El Halcón de la Noche mientras se frotaba las manos y esbozaba una amplia sonrisa.

El segundo, trotando tras los pasos del espigado comodoro, afirmó con un sinfín de cabeceos, aunque su sonrisa era tan ostentosa como la de su patrón. A pesar de que el momento llamaba a la calma, pues sólo las mentes frías eran capaces de dilucidar excelentes estrategias, los dos oficiales se sentían eufóricos ante la empresa que tenían por delante. ¡Ya habría tiempo más adelante para templar los nervios!

El comodoro Grehogor Pool se aupó sobre una de las rampas de la nao y alzó sus brazos para atraer la atención de todos sus hombres. La simple vista del capitán bastó para que la tripulación olvidara sus quehaceres y centraran las miradas en él. La inmensa mayoría se sintieron turbados de inmediato; pocas veces tenían la oportunidad de ver al capitán de tan buen humor.

La voz de Grehogor Pool sonó con la potencia de mil truenos:

—¡Timón, cambio de rumbo! ¡Vire la caña a estribor! ¡Ponemos rumbo a las Islas Negras, concretamente a Santiyí! —Se escucharon algunos farfuleos insatisfechos ante aquel cambio de planes, pero tal era el talante del capitán, que ignoró incluso aquellos conatos de insurrección—. ¡Señores, ante nosotros se nos presenta la oportunidad de hacernos con un buen bocado de las arcas del Canciller!

¡En menos de dos semanas debemos estar en Santiyí, dispuestos para cumplir la última orden encomendada por la Casa de Krenshel!

—¿Qué orden es esa? —dijo con aspereza uno de los alabarderos que más tiempo llevaba navegando junto al comodoro.

—¡Más respeto, rata de cloaca! —replicó Dredd Sullivan.

—Vamos a capturar al más peligroso de los piratas que jamás haya surcado los mares del Eccéllion —continuó Grehogor, ignorando las osadas palabras del descarado alabardero. Se sentía demasiado eufórico para empañar su humor por una simple réplica—. Desplegaremos a toda la armada si es necesario, quemaremos la isla si hace falta, pero cuando regresemos a Huma, tened por seguro que en nuestras bodegas ese hijo de puta estará amordazo por más de cien cadenas. ¿Acaso no deseabais encontrar ramerías? ¡En Santiyí nos aguarda la puta más puta de todo el Océano Virgen! ¡Vamos a jodernos a la Dama más guarra del baile!

Los tripulantes de El Halcón de la Noche, que ya sabían perfectamente a quién hacía referencia su capitán, vacilaron durante unos segundos, presa de la misma estupefacción que en un primer momento había asaltado al propio comodoro Pool. Sin embargo no tardaron mucho en salir de su ensimismamiento y contagiados por las ansias que medraban en los ojos envalentonados del Carnicero de Rimbau, elevaron en alto sus alabardas y gritaron ociosos ante la oportunidad que se les brindaba. De repente toda la frustración provocada por el cambio de planes se convirtió en euforia. Incluso en La Bienaventurada, donde también habían llegado los gritos del capitán, se alzaron voces exaltadas.

Grehogor, satisfecho, descendió del atril y se volvió hacia su segundo.

—Señor Sullivan, envíe kátaros a La Estrella de Genoveva, al Esturión de Aguas Bravas, a La Brinda y al Cosaco de Río Grande. Que El Tridente de Ontur, La Vergamessa, El Eclipse de Arankadas, y El Tiburón Sangriento también acudan. La Bienaventurada vendrá con nosotros. Quiero a todos esos barcos y a su dotación completa en la bahía de Santiyí en menos de dos semanas. ¿Comprendido?

Dredd Sullivan asintió con un gesto.

—¿Y las bodegas de El Halcón de la Noche?

—¿Cómo? —balbuceó el comodoro sin llegar a comprender lo que quería decir su segundo.

—Acabamos de hacer una captura. Nuestras bodegas están repletas y el viaje hasta Santiyí será largo. Con tanta carga no sé si llegaremos en el plazo convenido.

Grehogor Pool suspiró hastiado. Había veces que le faltaba paciencia para atender a las estúpidas demandas de sus subordinados.

—¡Pues aligérela, hombre!

—¿CÓ-cómo dice? —farfulló Sullivan—. ¿Qué los tiremos al mar?

—¿Acaso son joyas y oro? —El segundo oficial respondió con una negativa—. ¡Entonces al fondo del mar con ellos! ¡Debemos estar en Santiyí en catorce días! ¿Comprendido?

Sullivan respondió afirmativamente y acto seguido se dispuso a llevar a cabo las órdenes encomendadas; pero antes de que pudiera alejarse, la mano del comodoro cayó sobre su hombro, reteniéndole con un fuerte apretón.

—Sullivan, he esperado más de quince años este momento. No quiero ni una sola equivocación. ¿Queda claro?

El rostro del comodoro estaba más tenso que el palo de un remo, y sus ojos velaban una siniestra amenaza. Dredd Sullivan se estremeció ante aquella máscara de pura crueldad.

—S- sí, mi señor.

—Bien. Vamos a ir a ponerle el bozal al huargo.

Grehogor Pool sonrió confiado, y su segundo correspondió con otra sonrisa, pero ésta más temerosa que confiada; después desapareció en la cubierta dando órdenes a diestro y siniestro.

El Carnicero de Rimbau, satisfecho su ego, se apoyó contra la baranda de estribor y observó como La Bienaventurada desplegaba todo el trapo. El viento había cambiado y ahora soplaba hacia el Oeste, augurando una buena travesía.

—Quince años, O'Neil... —murmuró mientras posaba la mirada en las indomables aguas del Virgen y observaba como las aletas de los tiburones seguían la estela dejada por El Halcón de la Noche—. Quince años de larga espera.

Lanzando una fuerte carcajada, propinó una fuerte palmada a la baranda, y se apartó bruscamente de su apoyadero. Desbordado por la euforia, cruzó el puente de la carraca de guerra, dejando atrás el repentino trasiego de la tripulación, y se encerró en su camarote para disfrutar aquellos momentos de felicidad en completa soledad.

